

BT 121
538
v. 2

ESPIRITU SANTO

TRATADO

DEL

ESPIRITU SANTO

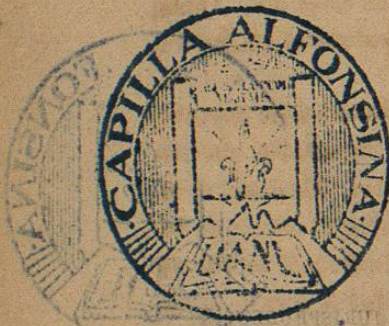
LIBRO PRIMERO

ESPIRITU SANTO

ESPIRITU SANTO

ESPIRITU SANTO

ESPIRITU SANTO



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

TRATADO DEL ESPIRITU SANTO.

CAPITULO I.

DIVINIDAD DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Existencia de Dios.—Pruebas y necesidad de este dogma.—Dios es la Trinidad.—Probar el dogma de la Trinidad, es probar la divinidad del Espíritu Santo —Desarrollo de esta idea.—Pruebas indirectas de la Trinidad: la noción del sér, las criaturas materiales y las racionales —Necesidad é influencia de este dogma.

¡Dios, la Trinidad, la divinidad del Espíritu Santo! En el lenguaje de la revelacion como en la fé de los pueblos, estas tres verdades están de tal manera unidas, que la certidumbre de la primera implica la de las otras dos. Ahora, bien, Dios existe con todos los atributos que el género humano adora.

Antes de todos los siglos, más allá de todos los mundos, existe UN SER personal, eterno, infinito, inmutable, que tiene en sí mismo su principio y su felicidad. Este sér, siempre fecundo, es la vida de todas las vidas, el centro de todos los movimientos, el principio y el fin de todo lo que es. Como el Océano contiene en su inmensidad la gota de agua. El envuelve en su seno al universo con sus múltiples creaciones. El está dentro y fuera, lejos y cerca, está en todas

008410

partes. ¿Veis el astro que brilla en medio de los cielos? Ahí está Dios. ¿Veis el aire que me conserva la vida? En él está Dios. En el calor que me anima y en el agua que me refrigera, en el soplo de la brisa y en el bramido de las ondas, en la flor que me recrea y en el animal que me sirve, en el espíritu y en la materia, en la cuna y en la tumba, en el átomo y en la inmensidad, en el ruido y en el silencio, en todo está. Dios siempre, Dios en todas las cosas.

El lo oye todo: la música armoniosa de las esferas celestes y los alegres cantos de la ave, el zumbido de la abeja y el rugido del león, el paso de la hormiga y el ruido de la hoja que se agita, la respiración del hombre, la oración del justo y las blasfemias del malvado.

El lo ve todo: el sol que resplandece á vista del universo y el insecto que se oculta debajo de la yerba, el gusanillo sepultado en la corteza del árbol y el imperceptible infusorio perdido en los abismos del Océano. Ve el juego variado de sus músculos y la circulación de su sangre. Ve los pensamientos de mi espíritu y los latidos de mi corazón. Ve las necesidades del pajarillo que pide su alimento, los votos solitarios del débil y las lágrimas ardientes del oprimido.

El lo gobierna todo: el innumerable ejército de los cielos, las estaciones, los vientos y las tempestades, los siglos y los pueblos, las pasiones humanas y las potencias de las tinieblas, las criaturas privadas de razón, y los seres dotados de inteligencia. El es quien alimenta, quien abriga, quien alberga, quien viste, quien protege, quien conserva todo lo que respira; porque todo lo que respira no respira sino por El, ni debe respirar sino para El.

Manantial eterno de la verdad, regla inmutable del bien, da al hombre la luz para conocerla, y la fuerza para cumplirla.

En su infalible balanza pesa las acciones de los reyes y de los súbditos, de los particulares y de los pueblos. Remunerador supremo de la virtud y vengador incorruptible del vicio, cita á su tribunal al débil y al poderoso, al justo que le adora y al impío que le ultraja. Para los unos, castigos sin misericordia y sin esperanza; para los otros, una felicidad sin fin, ni mezcla de mal alguno.

¡Ser superior á todos los seres, creador y moderador del universo, todo proclama vuestra existencia! Las magnificencias del cielo, el deslumbrador ornato de la tierra, la obediencia filial de las olas encrespadas, las virtudes del hombre de bien, los castigos del culpable y hasta la demencia misma del ateo.

Lo que habla, os alaba con sus aclamaciones; lo que está mudo, os reverencia con su silencio. Todo adora vuestra majestad, la naturaleza viva y la naturaleza muerta. A vos se dirigen todos los dolores, á vos se elevan todas las plegarias.

Criador, conservador, moderador, padre, juez, remunerador y vengador, todos los nombres que significan poder, sabiduría, amor, independencia y justicia se os deben de derecho, todos os convienen; y sin embargo, ninguno basta para nombraros.

El ser por cima de todos los seres, este es el único nombre menos indigno de vos: EGO SUM QUI SUM.

Un ser superior á todos los seres, un Dios autor y regulador supremo del mundo y de los siglos, tal es el dogma fundamental que proclama el universo, y ante el cual se han inclinado con la frente pegada al polvo todas las generaciones, que desde hace seis mil años han pasado sobre la haz del globo. Contra este hecho, sobre el cual reposa, como un edificio sobre su base, la fé del linaje humano,

¿qué prueban ni qué pueden las negaciones del ateo? ¿Que qué prueban? Lo que prueba una voz discordante en un vasto concierto: se la hace callar ó vuelve á entrar en armonía; y con ella ó sin ella el concierto continúa. ¿Que qué pueden? Lo que la ligera piedra, que al pasar tira el árabe fugitivo, puede contra la pirámide del desierto: el árabe se va, y la pirámide permanece.

Y ahora, ¿qué pretende la filosofía racionalista con su dios de fábrica humana su dios-leño, su dios-nada? Sér de razón, ó diremos mejor, de sinrazón, dios impersonal, sordo, mudo, indiferente á las obras y á las necesidades, de sus criaturas, producto variable del pensamiento individual... no, no es ese, no lo ha sido nunca, en ninguna época, ni en ningún clima, el Dios del género humano. La historia lo atestigua. "Jamás, ha dicho un hombre que la conocía á fondo, jamás las naciones cayeron tan hondo en el culto de los ídolos, que perdieran el conocimiento más ó menos explícito de un solo Dios verdadero, Criador de todas las cosas." (1).

El dogma de la unidad de Dios no se ha de decir solamente verdadero, porque tiene tantos testigos como astros hay en el firmamento y briznas de yerba sobre la tierra; sino también porque es necesario,

Lo que es el sol en el mundo físico, lo que es Dios y más todavía, bajo todos aspectos, en el mundo moral. Si en lugar de continuar derramando sobre el globo sus torrentes de luz y de calor, el sol se extinguiera de repente, imaginaos en qué quedaría convertida la naturaleza. Al instante, la vegetación se para; los ríos y los mares se convier-

1. Gentes non usque adeo ad falsos deos esse delapsas, ut opinionem amitterent unius veri Dei, ex quo est omnis qualiscumque natura. *S. Aug., contra Faust., libro 20, n. 19; Lactant., De errore.*

ten en planicies de yelo; la tierra se endurece como la roca; todos los animales malignos, que la luz encadena en sus antros tenebrosos, salen de sus guaridas y se convocan para hacer una carnicería; la confusión y el espanto se apoderan del hombre; la confusión, la desesperación y la muerte reinan por todas partes, y unos pocos días serán bastantes para reducir al caos el universo mundo.

Supongamos el imposible de que Dios, sol necesario de las inteligencias, llegue á desaparecer. Al punto la vida moral se extingue. Todas las nociones del bien y del mal quedan borradas; el error y la verdad, lo justo y lo injusto, se confunden en el derecho del más fuerte. En medio de esas tinieblas, todas las más vergonzosas concupiscencias, adormecidas en el corazón del hombre, se despiertan, y sin temor como sin remordimientos, se disputan los restos mutilados de las fortunas, de las ciudades y de los imperios; la guerra estalla por todas partes, guerra de todos contra todos, que convierte al mundo en una caverna de ladrones y asesinos.

Tal espectáculo el ojo del hombre no lo ha visto jamás, como no ha visto al universo sin el astro que lo vivifica. Pero lo que sí ha visto es un mundo, en que semejante al sol velado por espesas nubes, la idea de Dios no despedía más que un relucir dudoso. Al través de las tinieblas, en que se habían sepultado, los pueblos paganos no percibían sino confusamente la unidad incommunicable de la divina esencia. Como la antorcha que debía dirigir al género humano vacilaba según el viento de las pasiones, los intereses y las opiniones, su marcha intelectual y moral fué sucesivamente vacilante, absurda, retrógrada; los dioses extraviaban á los hombres.

Eternas incertidumbres sobre las cuestiones más impor-

tantes y sencillas, supersticiones groseras y crueles, sistemas vanos é inmorales condenaron al hombre por tiempo de veinte siglos, á la esclavitud de la idolatría. En ella yacen todavía encadenadas las naciones modernas, alejadas de las zonas benditas sobre que brilla en todo su esplendor el dogma tutelar de la unidad divina.

No puede ser de otro modo: entre el hombre y el mal no hay más que una barrera, Dios; Dios conocido, Dios respetado. Si quitáis á Dios, el hombre sin regla y sin freno, se convierte en una bestia feroz, que desciende alegremente hasta los combates de gladiadores y los festines de carne humana.

Por el contrario, ¿se quiere impedir que el hombre caiga en el abismo de la degradación y la desgracia? Y si ha caído en él ¿se quiere sacarle y conducirlo al más alto grado de luz, de virtud y felicidad? Nada de discursos, nada de combinaciones y sistemas. Decid á ese gran enfermo: Hay un Dios; levántate y anda en su presencia. Que el linaje humano tome en todo su valor esta palabra, de modo que el dogma soberano de la unidad divina influya con todo su peso sobre los espíritus y las voluntades, y el enfermo queda curado. Dios reina; y el hombre es iluminado con la única luz que no engaña; es virtuoso, como el único género de virtud que no es una careta; es feliz, con la única felicidad que no es una decepción; es libre, con la única libertad que no es una vergüenza, ni un crimen, ni una mentira. *Ambula coram me, et esto perfectus. (Gen. VIII).* Lo repetimos con esta sola palabra: Si se respeta á Dios, el mundo será curado; *é si non, non.*

Esta palabra fué dicha un día al linaje humano, gangrenado de paganismo; le fué dicha en todas partes con autoridad soberana; y el gran Lázaro se levantó de su lecho do-

loroso y besó ardientemente la mano que le salvó. Filósofos, políticos, senado, areópago, vosotros todos los que os llamábais y os llamáis todavía médicos de las naciones, esa mano no fué la vuestra, ni lo será jamás. Todos los días se pronuncia todavía esa palabra soberana, en Europa sobre alguna alma enferma, en las lejanas islas de la Oceanía sobre alguna tribu de antropófagos; y aquí cerca, como allá lejos, la vemos producir en nuestros días el efecto milagroso que producía, hace mil ochocientos años. Tal es, probado por la razón y por la historia, el poder saludable, por consiguiente, la verdad del dogma de la unidad de Dios.

¿Y qué es Dios? Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas en una sola naturaleza divina. En otros términos: Dios es la Trinidad; y no puede ménos de serlo. Preguntado sobre esto Dios mismo, respondió: *Yo soy el que es, Ego sum qui sum; yo soy el Sér, el Sér absoluto, el sér sin calificación.* Pues el sér absoluto posee necesariamente todo lo que constituye el sér, y lo posee en toda su perfección. Tres cosas constituyen el sér: la medida, el número y el peso (1).

En los seres materiales, la medida es el fondo ó la sustancia; el número, es la figura que modifica la sustancia; el peso, es el lazo que une la sustancia á la figura y todas las partes entre sí. Recorred toda la naturaleza, desde el cedro hasta la brizna de yerba, desde el elefante hasta el arador, desde la montaña hasta el grano de arena, no encontrareis un solo sér que no reúna esas tres cosas. Son tan esenciales, que ni una sola falta, el sér material no puede existir, ni siquiera concebirse. Quitad la sustancia ¿qué os

1. Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti. *Sap. xi, 21.*

queda? Nada. Y ¿sin la figura? Nada. ¿Y sin la unión? Nada (1).

La medida, el número y el peso no están en las criaturas sino porque Dios las ha puesto. Dios no ha puesto esas tres cosas, sino porque las posee, es decir, porque él mismo es de algún modo medida, número y peso (2). Conforme lo hemos visto en el dogma de la unidad de Dios, la Trinidad tiene tantos testimonios como criaturas inanimadas hay en el universo, cuantos astros sostiene el firmamento, cuantos átomos oscilan en el aire, cuantas briznas de yerba brotan sobre la tierra. Así lo afirman los más grandes ingenios.

“En todas las criaturas, dice San Agustín, aparecen los vestigios de la Trinidad. Cada obra del divino artífice presenta tres cosas: *unidad, belleza y orden*. Todo sér es uno como una es la naturaleza de los cuerpos y la esencia de las almas. Esta unidad recibe por precisión una forma determinada, como las figuras ó las cualidades de los cuerpos, la doctrina ó el talento de las almas. Esta unidad y esta forma están relacionadas entre sí y ordenadas de algún modo; como en los cuerpos la pesantez y la posición, en las almas el amor y el placer. Y así, puesto que es imposible no vislumbrar al Criador en las criaturas, venimos en conocimiento de la Trinidad, de la cual cada uno de los séres criados presenta un vestigio, más ó menos manifiesto. En efecto, en la sublime y adorable Trinidad está el origen de todos los séres, la perfecta belleza y el supremo amor (3).”

1. *Mensura omni rei modum præfigit, et numerus omni rei speciem præbet, et pondus omnem rem ad quietem et stabilitatem trahit. S. Aug., De Gen. ad Litt., lib. IV, c. III.*

2. *Hæc tria: modus, species et ordo, tanquam generalia bona sunt in rebus à Deo factis. Et ita hæc tria ubi magna sunt, magna bona sunt; ubi parva, parva bona sunt; ubi nulla, nullum bonum est. S. Aug., Lib. de natur. boni, c. III.*

3. *Trinitatis vestigium in creaturis apparet. Lib. VI De Trinit., c. x ad fin.—Hæc igitur omnia quæ arte divina facta sunt,*

¡La Trinidad! Hé ahí el dogma que, según Lactancio, San Atanasio, San Dionisio y Tertuliano (1), predicán incesantemente todas las cosas del universo á los que tienen ojos para ver. Cuanto más nobles son los séres, con tanto más elocuente voz proclaman la Trinidad. ¿Y podría ser de otro modo? ¿No son deudores de un homenaje particular al misterio augusto, cuyo vestigio más brillante marcado sobre sus frentes, es precisamente la razón y la medida de su nobleza? Así, el sol, el árbol, el manantial, son predicadores elocuentes de la Trinidad. En la unidad de su única esencia nos muestran: el uno, el foco, el rayo y el calor: el otro la raíz, el tronco y las ramas; el tercero, el receptáculo, la salida y la corriente.

Explicando la doctrina de los Padres, añade el Ángel de las escuelas: “En cada criatura se encuentran cosas que tienen relación necesaria con las personas divinas como causa. En efecto, cada criatura tiene su propio sér, y su forma que determina la especie y la relación que dice con otras cosas.

Ahora, bien, según que es una sustancia criada, representa la causa y el principio, y así denota á la persona del Padre, que es principio sin principio. Según que tiene una

unitatem quamdam in se ostendunt, et speciem, et ordinem. Quidquid enim horum est, et unum aliquid est, sicut sunt naturæ corporum, et ingenia animarum; et aliqua specie formatur, sicut sunt figuræ vel qualitates corporum, ac doctrinæ vel artes animarum; et ordinem aliquem petit aut tenet, sicut sunt pondera vel collocationes corporum, atque amores aut delectationes animarum. Oporteret igitur ut Creatorem, per ea quæ facta sunt, intellectum conspicientes, Trinitatem intelligamus, cujus in creatura quomodo dignum est, apparet vestigium. In illa enim Trinitate, summa origo est rerum omnium, et perfectissima pulchritudo, et beatissima delectatio. Id., De Trinit., lib. 6, n. 12.

1 Véase *Vitass., De Trinit. quaest., 1, art. 1.*

forma y especie, denota al Verbo, en cuanto la forma de la obra proviene de la concepcion del artífice.

Segun que tiene orden y relacion, denota al Espíritu Santo, que es amor; porque el orden ó relacion que unos seres dicen á otros proviene de la voluntad del Criador. . . . A esto se refieren la medida, el número y el peso; la medida á la sustancia de la cosa, el número á la especie y el peso al orden (1)."

Si las criaturas inanimadas, que son las últimas en la escala de los seres, presentan vestigios de la Trinidad, es evidente que debemos encontrarlas más brillantes en las criaturas de un orden superior. ¿Más qué digo? No es solo el vestigio, sino la imagen de la Trinidad lo que estas nos ofrecen. "Todo efecto, continúa Santo Tomás, representa en algo á su causa; si bien de diferentes modos. Algunos efectos representan solamente la casualidad de la causa, sin indicar su forma; como el humo representa al fuego. Este modo se llama representacion por vestigio: y con razon; pues el vestigio prueba que la cosa ha pasado por allí, pero no dice que esté allí.

1. In creaturis omnibus invenitur repraesentatio Trinitatis per modum vestigii; in quantum, in qualibet creatura inveniuntur aliqua quae necesse est reducere in divinas personas, sicut in causam. Quaelibet enim creatura subsistit in suo esse, et habet formam per quam determinatur ad speciem, et habet ordinem ad aliquid aliud. Secundum igitur quod est quaedam substantia creata, repraesentat causam et principium; et sic demonstrat personam Patris, qui est principium non de principio. Secundum autem quod habet quandam formam et speciem, repraesentat Verbum, secundum quod forma artificii est ex conceptione artificis. Secundum autem quod habet ordinem, repraesentat Spiritum Sanctum, in quantum est amor; quia ordo effectus ad aliquid alterum, est ex voluntate Creantis... et ad haec etiam reducuntur illa tria, numerus, pondus, mensura. Nam mensura refertur ad substantiam rei limitatam suis principiis, numerus ad speciem, pondus ad ordinem. 1. p., q. XLV, art. 7.

Otros efectos representan á la causa en cuanto á la semejanza: así el fuego producido representa el fuego productor, y la estatua de Mercurio á Mercurio. Este modo se llama representacion por *imagen*.

Pues las procesiones de las personas divinas, se consideran segun los actos del entendimiento y de la voluntad. En efecto, el Hijo procede como la palabra del entendimiento; el Espíritu Santo como el amor de la voluntad. De donde resulta, que en las criaturas racionales, dotadas de entendimiento y voluntad se encuentra la representacion de la Trinidad á manera de imagen, puesto que se representa en ellas el Verbo concebido y el amor que procede (1). Resulta tambien, que el dogma de la Trinidad se refleja en tantos espejos como ángeles hay en el cielo, y demonios en el infierno, y hombres nacidos ó por nacer sobre la tierra, desde el principio hasta el fin del mundo.

En resumen, lo que las criaturas inanimadas es medida, número y peso, en los seres racionales se llama poder, sabiduría, amor; y en Dios Padre ó poder, Hijo ó sabiduría, Espíritu Santo ó amor mútuo del Padre y del Hijo. Estas tres cosas, poder, sabiduría y amor, de tal modo son esenciales en Dios, que faltando una, Dios no puede existir, ni siquiera concebirse. Si le quitais el poder, ¿qué os queda? Nada. ¿Y sin la sabiduría? Nada. ¿Y sin el amor? Nada (2). Añadimos arriba, que Dios posee las tres condiciones esenciales del ser en toda su perfeccion. Más en el ser propiamente dicho, la perfeccion de esas condiciones consiste en que sean *reales, sustanciales, subsistentes por sí mismas*,

1. I. p., q. XLV, art. 7.

2. De aquí aquella sentencia de San Jerónimo: Sin el Espíritu Santo, el misterio de la Trinidad es incompleto: Absque enim Spiritu Sancto, imperfectum est mysterium Trinitatis. *Ad Hedibiam*.

en una palabra, verdaderas *hipóstasis* ó *personas distintas*.

Mientras damos las pruebas directas del dogma de la Trinidad, sirva lo dicho, no para *demostrar* lo que es inde-mostrable; sino para *mostrar* que el augusto misterio no tiene nada contrario á la razon, y que todavía la verdadera filosofía vislumbra su existencia, ántes de tener noticia cierta de él. (1) Así lo ha querido Dios. ¿Y por qué? Por una parte, para no dejarse á sí mismo sin testimonio, imprimiendo su vestigio ó su imagen en todas las criaturas; y por otra, para dar á los hombres, y especialmente á las naciones cristianas los medios de conseguir su perfeccion tomando por modelo al Poder infinito, á la Sabiduría infinita y al infinito Amor.

En efecto, si el dogma de la unidad de Dios fué el sol del mundo judaico, el de la Trinidad lo es del evangélico. Ahora bien, lo que la rosa en capullo es á la rosa abierta, eso es el dogma de la unidad de Dios al de la Trinidad. Luego andar en la presencia de un Dios, trino en personas, claramente conocido, es para los pueblos cristianos la ley de su existencia y la condicion de su superioridad.

Es la ley de su existencia. ¿Llegan á olvidarla ó desconocerla? Al punto caen de las alturas luminosas del Calvario; y retrocediendo cuarenta siglos, quedan sumidos en las tinieblas del Sinaí. Y no pára ahí su caída. Un pueblo cristiano no puede dejar de serlo, sin descender hasta más abajo que el judío, más abajo que el mahometano, sin convertirse en una raza degradada, á la cual no hay en el lenguaje humano un nombre que le cuadre.

Es la condicion de su superioridad. La perfeccion inte-

1. Representatio vestigii attenditur secundum appropriata; per quem modum ex creaturis in Trinitatem divinarum personarum veniri potest. *S. Th., ibid., ad 1.*

lectual y moral de una sociedad está siempre en razon directa de la nocion que tiene de Dios. Cuanto el conocimiento claro de la unidad divina elevó á los hijos de Israel sobre las naciones paganas, otro tanto la revelacion de la Trinidad eleva á los pueblos cristianos sobre el pueblo judío. Que lo sepan las sociedades bautizadas ó que lo ignoren, que lo crean ó que lo nieguen, en las profundidades de este dogma eternamente fecundo, es donde se encuentra el escondido manantial de la superioridad de las mismas bajo todos sus aspectos.

La Trinidad es el quicio del Cristianismo, y por consiguiente el primer asiento de las sociedades nacidas del Cristianismo. Quitad este dogma, y la encarnacion del Verbo no es mas que una quimera, la redencion del mundo una quimera, la efusion del Espíritu Santo una quimera, la comunicacion de la gracia una quimera, los sacramentos una quimera, el Cristianismo entero una quimera, y la sociedad una ruina. (1)

1. Trinitatis fides per quam subsistit omnis Ecclesia. *Orig. homil. 9, in Exod., n. 3.*—De mysterio agimus, quod fidei nostrae praecipuum caput est, et totius christianae religionis fundamentum. Hoc sublato, jam nulla esset Verbi incarnatio, nulla Christi satisfactio, nulla hominum redemptio, nulla Spiritus Sancti effusio, nulla gratiarum largitio, nulla sacramentorum efficacia: [totum] rueret salutis opus. *Lieberm. Instit. theol. g. t. III.*